



Texto y fotos: **Carlos M. Martín**

Londres se debate en una constante paradoja. A su afán por mantener un espíritu de renovación permanente se opone la voluntad de no volver la espalda a la tradición. En su atmósfera se respira un aire añoso que, lejos de resultar decadente, exhala esencias de elegancia intemporal. Es una ciudad compleja, intrincada. Se ha escrito que el alma –la «forma de las formas», diría James Joyce– de las ciudades es la expresión de un sentir colectivo, una corriente que mana de la emotividad de su gente cuyo discurso subcortical alimenta por irrigación el aura que caracteriza a cada población. En Londres este sentir es heterogéneo por la variedad de culturas que allí se han asentado. Sin embargo, no se aprecia en esta ciudad el mestizaje cultural que se hace tan palpable en otras capitales europeas. Parece que cada grupo étnico prefiere preservar su identidad encerrándose en la burbuja de su barriada, limitándose a asumir el papel de *londinense* cuando acude al corazón urbano para integrarse en el fluir frenético de la vida cotidiana. Podría decirse que hay **varios Londres** encerrados en una misma ciudad, y **un Londres** universal aceptado por todos, en el que priman los valores de la tradición local. Algunos de sus habitantes renuncian de antemano a sumergirse en el Averno de su vital y expresiva marginalidad y se encaraman sólo en el Olimpo de su elegancia victoriana. Otros, por el contrario, persisten en el empeño de desvelar sus secretos y llegan a descubrir en Londres un lugar imprescindible para vivir, diseñando un espacio urbano a su propia medida, con dimensión humana, soportable.

Un paseo para diseccionar la ciudad

Nuestra primera propuesta de acercamiento al corazón de Londres arranca de la Abadía de Westminster (**), testigo de las coronaciones reales desde el Medioevo. En el siglo XIII sustituyó su arquitectura original por un elegante terno gótico. Impresionará al visitante la amplitud de su nave central, con

Londres: Tradicición renovada



Nuevo ayuntamiento.

más de treinta metros de luz. El contiguo Palacio de Westminster (***) alberga las dos cámaras parlamentarias británicas. En una de sus torres angulares descubriremos la familiar imagen del Big Ben, posiblemente el reloj más popular del mundo. Durante el crepúsculo vespertino el complejo del Parlamento refleja su imagen en las aguas del Támesis proporcionando, desde Westminster Bridge, una de esas imágenes que quedan impresas indeleblemente en la retina del viajero. Para

conmemorar el tránsito al último milenio se instaló el Ojo de Londres (**). Parece que la ciudad se resiste a desmontarlo, una vez cumplido su cometido original. Se ha consolidado rápidamente como uno de los nuevos símbolos de la ciudad. Cuando la cabina que ocupa el visitante alcanza su máxima altura, Londres parece arrodillarse a los pies del atónito turista. De vuelta a la realidad del punto de vista a ras de asfalto, el camino nos conduce plácidamente a la vera del caudaloso



Edificio del Parlamento.



St. Paul's Cathedral.

Támesis, y nos permite recuperar el estado de ánimo preciso para reencontrar el pulso de la ciudad. A lo largo de las avenidas ribereñas encontraremos algunos de los más importantes focos de la cultura londinense. Cerca del Puente del Milenio (**)-singular estructura ideada por Norman Foster para vadear el río-, el aficionado a la dramaturgia que visite la ciudad entre mayo y septiembre encontrará en plena actividad el Shakespeare Globe Theatre (**), una peculiar reconstrucción del teatro donde la célebre gloria local de las

letras de quien toma su nombre estrenó diversas producciones dramáticas a partir de la segunda mitad de la decimosexta centuria. Aunque no ocupe el emplazamiento original, su reedificación supuso un brindis a la tradición. De vuelta a la referencia del río como guía de nuestro paseo, pronto alcanzaremos el peculiar edificio del Ayuntamiento moderno (*), cuyo diseño provocador parece desafiar a la tradición clásica de una ciudad embebida en sobrias formas de edificación. Desde allí se disfruta de una buena perspecti-

va de Tower Bridge (**), orgullo de la ingeniería victoriana cuyas torres gemelas nos comunican sugerencias que recuerdan a la estilística gótica. Este conocido puente levadizo cobija en su estructura estable un museo que repasa su historia. Inmediatamente después de recuperar la margen del río donde comenzaba nuestro paseo, hallaremos Tower of London (**), un punto fortificado medieval que ha conservado íntegra su estructura arquitectónica. Ha ejercido como palacio real, presidio, cadalso y arsenal.



Actualmente custodia las joyas de la corona, bajo la emblemática vigilancia de los populares beefeaters. Abandonamos en este punto la compañía del Támesis para internarnos en la señorial urdimbre arquitectónica londinense, y nos encaminamos hacia St. Paul's Cathedral (**), cuya imponente bóveda, con más de ciento diez metros de diámetro, se decora con frescos que reproducen escenas de la vida del santo titular. Desde las galerías que abrazan la cúpula se obtienen espectaculares vistas de la ciudad.

La ruta del 12

El trayecto del autobús urbano de la línea número 12 constituye un itinerario muy popular entre los londinenses. El trazado de su tramo occidental nos proporciona una buena guía para completar, mediante una larga caminata cargada de motivos de interés, nuestro sumario repaso al corazón de la ciudad. Dejamos atrás el puente de Westminster y nos encaminamos hacia «el corredor del Poder», en Whitehall. Allí se concentran las sedes del Tesoro, Foreign Office y la famosa Downing St., en cuyos números 10 y 11 residen el Primer Ministro británico y su ilustre vecino el Chancellor of the Exchequer, una especie de Ministro de Hacienda de quien las malas lenguas aseguran que fue domiciliado en este lugar para vigilar y prevenir la excesiva liberalidad del Jefe del Gobierno. El siguiente jalón de nuestra ruta radica en Trafalgar Square (***), cuyo espacio central está presidido por la espectacular Columna de Nelson, de más de cincuenta metros de altura, con la que, más allá del homenaje individual, se quiere representar el orgullo por el histórico poderío naval británico. Esta emblemática plaza fue diseñada por John Nash en el primer tercio del siglo XIX, y conmemora el éxito de la flota británica en la batalla de la que toma su nombre. El edificio que acoge la soberbia pinacoteca de la National Gallery asoma a esta glorietta su pórtico, cargado de sobriedad clasicista. Nuestro recorrido nos adentra, ahora, en el «Theatreland» –zona de teatros enclavada en West End– para desembocar en Piccadilly Circus, que pasa



British Museum. Debajo vista desde Westminster Bridge.





por ser el auténtico corazón de la ciudad. Resulta imprescindible un alto en el camino en torno a la estatua dedicada a Eros para captar el ritmo del latido urbano de Londres. Se ha dicho, en lenguaje castizo, que la reina es la *casera* de Regent St., vía por la que discurre ahora nuestro itinerario. Transitamos por zona de titularidad real, en la que abundan los establecimientos comerciales. El caminante que hubiese previsto realizar alguna compra tiene aquí una magnífica oportunidad. Por su inefable encanto los londinenses muestran una especial predilección por la juguetería Hamleys o un gran almacén especializado en tradiciones textiles denominado Liberty, que cuenta con un sugestivo espacio inte-

rior en varias alturas. Merece la pena asomarse sobre los antepechos de madera labrada que protegen sus galerías aéreas. En Oxford Circus nuestra ruta gira hacia poniente a través de Oxford St., donde Londres se convierte en un verdadero hormiguero de transeúntes, auténtico filón para el comercio local. Pronto alcanzaremos la esquina de Hyde Park junto a la que se alza Marble Arch (*), un arco que fue diseñado como triunfal entrada para el megalómano proyecto de Buckingham Palace ideado por Jorge IV. El sentido común hizo reducir sensiblemente las dimensiones del exagerado proyecto –que pretendía dotar al palacio con nada menos que seiscientos dormitorios–, y Marble Arch acabó

siendo trasladado en 1840 a su actual emplazamiento. No estará de más que nos acerquemos al aledaño Speakers Corner, tribuna desde la que quien quiera desahogar sus frustraciones puede exponer en alta voz sus más peregrinas ideas sin temor a ser conducido al calabozo por un agente de la autoridad... ¡siempre que el destinatario de sus ironías no sea la Corona! Un ameno corredor interno discurre por Hyde Park en paralelo a Bayswater Road. Nos acerca, tras amable paseo, a la entrada en Notting Hill. A través de Pembridge podremos acceder a Portobello Road, que en las mañanas de los sábados acoge un encantador mercado de ocasiones (***) a modo de popular rastro, en el que pueden encontrarse algunas interesantes gangas en antigüedades –algunas más aparentes que reales, aunque no parece que exista intención alguna de engañar a nadie, pues su precio «excesivamente competitivo» delata la impostura–, productos textiles y toda suerte de objetos cuyo interés depende de las apetencias del visitante. El incesante flujo humano atrae al lugar a buen número de mimos y artistas callejeros, que confieren al ambiente del mercado su encantadora personalidad. Si aún nos restan fuerzas para retornar caminando, podremos atravesar de norte a sur Holland Park. Debe el caminante detenerse en Holland Park Meus (**) para disfrutar el singular encanto de esta zona de antiguas caballerizas reconvertidas en «casitas de cuento». En el extremo meridional del parque se alcanza Kensington High St., cuyo ramal oriental nos acerca al corredor meridional de Hyde Park por el que podemos completar un agradable regreso al centro. Quizá decida el viajero acercarse al entorno de Knightsbridge, ahora que la noche ha caído sobre Londres, para admirar la tradicional estampa del célebre almacén Harrods, perfilada por las luminarias que recortan su silueta.

Museos londinenses

Debe reservarse un importante porcentaje del tiempo de estancia para disfrutar sosegadamente de la inagotable oferta museística londinense. El





British Museum (***) expresa claramente la vocación colonialista británica, y reúne en sus 94 salas impresionantes colecciones de muestras de Egipto, Grecia, Roma, Asia y Oriente Medio. El visitante que pretenda recorrer todo este entramado debe prepararse para caminar más de cuatro kilómetros por el laberinto de las galerías del Museo, donde obtendrá la recompensa de poder admirar desde el Corredor de Oro de Ur, con una antigüedad superior a los cuatro milenios, hasta la famosa piedra Rosetta. Los desmembrados frisos del Partenón muestran una enorme carga de melancolía. Desde su gris emplazamiento en una de las más tristes salas del Museo parecen atender de soslayo, y con marcado escepticismo, a los vaivenes de la polémica que ha suscitado la solicitud de devolución a su lugar de origen. La National Gallery (***) reúne una impactante colección pictórica que comprende, entre otros muchos fondos, espléndidas obras del Renacimiento italiano y de la mejor tradición pictórica holandesa y española. En la National Portrait Gallery (*) encontraremos más de diez mil retratos de personajes protagonistas de un amplio arco temporal que abarca



Pub londinense. Foto superior: Hyde Park.

desde el medioevo hasta la época contemporánea. La Tate Gallery (**) muestra una extensa e innovadora colección de pintura y escultura, con ciertos aires transgresores, que está considerada como la mejor colección de arte británico y contemporáneo de Londres. Su homónima Tate Modern (**) ha sido citada como referencia inexcusable para

conocer las modernas tendencias del arte. South Kensington concentra el interesante grupo de Museos compuestos por el Natural History Museum (***), cuyas sugestivas colecciones se presentan recurriendo a medios muy dinámicos e imaginativos, Science Museum (*), en el que el visitante podrá seleccionar entre millares de exposiciones interactivas, y el Victoria and Albert Museum (**), que alberga las colecciones de arte decorativo y diseño más importantes del mundo.

Pasión por los parques urbanos

Londres manifiesta verdadera pasión por los espacios abiertos. Hyde Park (**) es el gran pulmón de la ciudad. El rey Jaime I decidió abrir a todos los habitantes de la ciudad este espacio, que Enrique VIII había habilitado como coto de caza. Es un buen lugar para pasear o navegar relajadamente por las aguas del Serpentine, lago artificial que divide el corazón del parque. No se sorprenda si en épocas de riguroso invierno tiene que compartir el paseo acuático con algunos intrépidos bañistas a quienes no parece arredrar el frío. Las ansias expansivas del parque cristalizaron con la incorporación de Ken-



sington Gardens, en el que el visitante encontrará la conocida estatua de Peter Pan. Pero si preguntamos a los habitantes de la ciudad cuál es su parque preferido, cada londinense se decantará por uno de los *hermanos menores* del gran espacio verde. Para algunos londinenses Holland Park (***) es la culminación de la exquisitez. Podremos comprobarlo acercándonos, tras visitar el mercado sabatino de Portobello Road, a saborear un café en este hermoso y plácido lugar, en el que hay sitio para todos. Los niños disponen de zonas estrictamente acotadas para su uso exclusivo. El caminante que prefiera verse inmerso en un ambiente más silvestre puede pasear entre la fronda de un auténtico aspecto de bosque natural, del que no se eliminan ortigas u otros atributos vegetales habitualmente considerados en otros parques como «malas hierbas». No faltan los jardines formales, alguna rosaleda y zonas deportivas. Quien quiera animarse a probar con alguna especialidad deportiva de raigambre local puede probar suerte en la amplia parcela de Cricket Ground, especialmente habilitada para este deporte. Otros habitantes de la ciudad muestran mayor inclinación por St. James Park (**), que responde al modelo de parque ajardinado inspirado por la fantasía. Desde el Puente Chino que vadea su lago central se disfruta, hacia poniente, una vista encantadora de Buckingham Palace, en ambiente boscoso, que parece extraída de algún cuento. Tornando la vista hacia naciente alcanzaremos a disfrutar la estampa, también imponente, de Horse Guards Parade. No faltarán recomendaciones para visitar Regent's Park (**). Además de amplias extensiones ajardinadas, que cuentan con un parque zoológico, ofrece el aliciente complementario de la cercanía de Regent's Canal (**), en el que podremos navegar a bordo de panzudas barcas o contemplar las singulares embarcaciones-vivienda que copan los márgenes del Canal, que exhalan sugerencias de libertad y producen un cosquilleo de sana envidia en quienes quisieran disfrutar del sueño de una casa viajera. ■

MUY PRÁCTICO



1. Abadía de Westminster.
2. Parlamento y Big Ben.
3. Ojo de Londres.
4. Puente del Milenio.
5. Shakespeare Centre.
6. Tower Bridge.
7. Tower of London.
8. St. Paul's Cathedral.
9. Trafalgar Square y National Gallery.
10. British Museum.
11. Tate Gallery.
12. Hyde Park.
13. Regent's Park.
14. St. James Park.
15. Shepherd Market.

► El transporte en Londres resulta costoso, por lo que las tarjetas de uso combinado Travel Card resultan casi «una necesidad de supervivencia». Existen diversas modalidades, tanto en cuanto a duración como a cobertura de zonas. Si su viaje va a durar al menos siete días, lleve una fotografía para obtener la tarjeta sema-

nal. Para recorridos centrados en los ambientes más populares de la ciudad bastará con seleccionar las zonas 1 y 2.

► En los establecimientos de hostelería se acostumbra a pagar la consumición en el momento de ser servida. No interprete esta exigencia como una descortesía.

► Los empleados de hostelería y taxistas esperan una propina. El diez por ciento del coste del servicio es una referencia indicativa adecuada si desea primar un buen servicio.

► Para adquirir una perspectiva de conjunto de los lugares más renombrados de Londres se puede tomar

el autobús de La Ruta del 12 junto a Westminster Bridge y St. Thomas Hospital. Si realiza el trayecto en la mañana del sábado podrá completar la visita panorámica acercándose al mercado de Portobello Road.

► Un lugar singular para comer o tomar una cerveza es el entramado urbano que rodea a Shepherd Market. Constituye una especie de insospechado «oasis» con sugerencias de ambiente urbano rural en pleno corazón de Mayfair, una de las zonas más «exclusivas» de Londres. A pesar de su innegable encanto, es un enclave pendiente aún de descubrimiento por la avalancha del moderno turismo.

Leyenda: (*) interesante, (**) muy interesante, (***) imprescindible



Mercado de Portobello Road.

► Resulta inexcusable una visita a Covent Garden, antiguo mercado de frutas y verduras de la ciudad que ha remozado su vieja estructura para dar acogida a todo tipo de establecimientos. En su entorno se concentran multitud de artistas callejeros que llenan de vitalidad este rincón. Los puestos callejeros cambian diariamente. Si tiene especial interés por alguna «oportunidad»... ¡no lo deje para mañana!